

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION	LA REDACCION Y ADMINISTRACION:	PUNTOS DE SUSCRICION.
Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.	Triunfo, 4.—bajos.	En Lérida, Administracion de
Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas.	Se publica los Jueves	El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º
Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.		Madrid: Barquillo, 5, pral., int.
		-Alicante: S. Francisco, 28, dup.
		-Barcelona: Trafalgar, 55.—bajo.

SUMARIO.

Advertencia importante.—A la memoria de Antonio Escubós.—La verdadera caridad. A la memoria del gran filántropo D. Antonio Escubós.—¡El cielo en la tierra! Un recuerdo á Antonio Escubós.—El honor.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Doña Amalia Domingo y Soler, desde el 23 de Mayo próximo, se hará cargo de la administracion del semanario «La Luz del Porvenir,» y para evitar confusion en las cuentas, rogamos á los suscritores que aun estén en descubierto del quinto año, que se apresuren á saldar su cuenta con D. Juan Torrents, y los que renueven la suscripcion para el año sexto, se servirán dirigirse á doña Amalia Domingo y Soler, Cañon, 9, principal, Gracia, (provincia de Barcelona), á la que se harán todas las reclamaciones y pedidos de «La Luz,» pues la casa editorial de D. Juan Torrents, desde el 22 de Mayo próximo, cesa de intervenir en dicha publicacion, habiendo cedido su propiedad á doña Amalia Domingo y Soler.

A LA MEMORIA DE ANTONIO ESCUBÓS.

¡Nada tan bello como ser buenos, ni nada tan hermoso como esparcir el bien entre los humanos, sin ostentacion ni vanidad!

La caridad ostentosa, esa caridad que se exhibe ante la sociedad y que, afanosa de gloria, solo busca un lauro para engalanar su orgullo, es la caridad mezquina, exenta de pureza y manchada con el fango del egoismo, que degrada al hombre hasta lo sumo; es la caridad hipócrita que aparece sencilla á la faz del mundo, en tanto que, en su fondo, se yergue altiva pregonando ella misma sus virtudes entre amigos y extraños; es cual sepulcro blanqueado por fuera y lleno de putrefaccion por dentro; es la mendiga disfrazada con rico traje, que al menor descuido, deja ver lo que realmente es. En cambio, la caridad verdadera, es la flor invisible que embalsama el ambiente de gratísima esencia, sin que apenas pueda vislumbrarse la mano que la difunde, y en cuyos pétalos guarda cuidadosamente toda la pureza del sentimiento y toda la delicadeza de las almas nobles.

La caridad verdadera, llora con los que lloran, ora auxiliando al menesteroso, consolando al afligido, velando al enfermo, amparando al débil, corriendo, volando, sacrificándose en todos sentidos, se multiplica, asiste á todos los cataclismos humanos, á esas hecatombes de la vida donde se lucha incesantemente con tanta diversidad de miserias y donde se sucumbe con gran facilidad ante innumerables obstáculos, y que, á pesar de tantos desvelos, nada dice ni nada pregona, porque hace el bien por el bien mismo, sin fijarse en si la miran ó la escuchan, y sí sólo teniendo presente las lágrimas que ha de enjugar y los dolores que puede mitigar.

¡Oh, caridad sublime, caridad bellísima que aleteas entre esferas de luz y muestras tu grandeza á través de tu modestia; bendita mil veces, porque transformas en frondoso oasis el estéril desierto de la vida!

¡Sin tí, multitud de desheredados maldecirian su existencia por falta de pan y al-

bergue; pero tú, apareciendo entre los desgraciados, los cobijas en tu seno para darles, con tu óbolo, el alimento del cuerpo, y con el dulcísimo acento de tus consoladoras frases, el del alma!

¡Dichoso tú, amigo Escubós, que siempre tremolaste el lábaro del bien; tú, que fuiste el sincero amigo de los infortunados, ejerciendo esa caridad grandiosa que hemos descrito á grandes rasgos; tú, que supiste comprender tu mision en la Tierra, sintiendo el dolor ajeno más que el propio; tú, que no perdonabas sacrificio alguno por aquellos que sufrían la horrible enfermedad de la miseria; dichoso tú mil veces, repetimos, porque en ese espacio indefinido donde todo debe ser luz y armonía, todo majestuoso y todo real, habrás hallado el premio á tus virtudes, dejándonos, al mismo tiempo, el saludable recuerdo de tu digno ejemplo!

¡Vuela, amigo mio; vuela en pos de esas innotas maravillas, entre nitescentes soles de progreso, entre nubes de amor y de justicia, entre eflúvios de ciencias y verdades, é inunda con su luz nuestra retina para que podamos imitar tus actos, hermoso emblema de tu existencia, practicando el amor y la caridad con los desgraciados!

CÁNDIDA SANZ DE CASTELLVÍ.

Zaragoza.

LA VERDADERA CARIDAD.

A LA MEMORIA DEL GRAN FILÁNTROPO D. ANTONIO ESCUBÓS.

Quién no ha visto sucumbir, ante la miseria que le rodeaba á su hijo ó á su padre; quién no ha visto sufrir los horribles tormentos del hambre á un sér amado; quién no ha penetrado en esas oscuras y sombrías boardillas donde la miseria, estendiendo sus negras alas, es la única dueña de aquel pequeño recinto; quién no ha presenciado esos terribles choques de miseria y enfermedad donde los sentimientos morales luchan titánicamente para hacerse paso en medio de la confusion de las ideas que bullen en nuestro cerebro, y despues cuando uno parece que ha escalado el último peldaño de la desesperacion, aparecerse, cual ángel de redencion, la verdadera caridad, la que no puede apreciarse en su inmenso valor, ese bálsamo purísimo, ese sentimiento del alma que á semejanza de la estrella del Norte baja á las pequeñas chozas, sube á las sombrías boardillas, á llevar el consuelo y la esperanza al afligido?

Todos tiemblan ante ese terrible fantasma, la miseria, todos: solo la caridad no tiembla, ésta mira al fantasma como el gigante mira al enano; le busca, le provoca para luchar, lucha, y lo vence con sus mágicos eflúvios.

Dice un distinguido escritor, que la caridad, ha hecho mas que la ciencia. Y dice muy bien, pues la caridad con los saludables eflúvios que de ella se desprenden cura la miseria, el hambre, el dolor, enfermedades que la ciencia con todos sus antidotos es impotente.

Santa caridad! dichoso el que te llega á comprender, con todos tus esplendores! dichoso el que llega á comprender tu inmenso valor!

Era una oscura noche de Noviembre; el pueblo de C..... estaba tranquilo; sus habitantes cansados de las fatigas del dia, se hallaban recogidos en sus casas, esperando la hora para descansar; el astro de la noche habia tomado posesion de aquel pedazo de tierra; menudos copos de nieve azotaban el rostro de los pocos transeuntes que iban apresuradamente para guarecerse en sus casas.

Una mujer arapienta, sale de una calle envuelta en un viejo manto, llevando un niño en sus brazos.

Apesar del mal tiempo y del intenso frio que hace, la mujer camina con lento paso; de pronto se para, y levantando los ojos al cielo, con una mirada suplicante y desgarradora exclama: «¡Dios mio! ¡Dios mio! y sus grandes ojos desmesuradamente abiertos, se revuelven en sus órbitas; un suspiro se escapa de su pecho, y estre-

chando el niño contra su corazón, continua su lenta marcha. Llega á la puerta de un grande edificio; su mano trémula coje el aldabon y lo deja caer produciendo un pequeño ruido.

—¿Quién es? le respondió una voz varonil.

La infeliz apenas podia hablar, ni sostenerse; el niño que llevaba en sus brazos, se acurrucaba bajo el pañuelo con que se cobijaba la madre y su mirada lánguida y triste vagaba de un lado á otro.

Por fin, se abrió la puerta y apareció la figura de un hombre que con tono ágrío le dijo:

—¿Qué quereis?

—Una limosna, señor, dijo la pobre con voz conmovida, una limosna por Dios..... no tengo pan para mi hijo; debo tres meses de alquiler, y el casero me ha arrojado á la calle; estoy enferma; no puedo trabajar..... tened compasion de mi hijo, y el niño como si quisiera afirmar las palabras de su madre, exclamaba: «Tengo hambre, madre mia.»

—Siempre estamos con las mismas cosas, murmuró aquel hombre entre dientes. Tomad, son tantos los que piden que si á todos hubiéramos de dar, pronto nos quedaríamos tan pobres como ellos. Tomad, y que Dios os ampare.

—¡Un ochavo! ¡un mísero ochavo! exclamó la mujer cuando se alejaba.—¡Dios mio! Dios mio! siguió diciendo en el colmo de la desesperacion. El tiempo seguia encapotado, el viento silvaba á intervalos; aquella desgraciada exhaló un profundo suspiro, su rostro se cubrió de mortal palidez, parecia presa de una agitacion horrible. ¡Ah! exclamó despues de algunos instantes, dejándose caer porque sus fuerzas se habian agotado: he procurado cumplir mi deber, he luchado sin temblar con las contrariedades de la vida, he sufrido con resignacion: pero me faltan las fuerzas, he dicho que sufría y se han encogido de hombros, *mis hermanos*; he tenido hambre, he pedido pan y me lo han negado los que gastan el oro á manos llenas en satisfacer sus caprichos, en alimentar sus pasiones: no puedo mas; perdonadme Dios mio, el crimen que voy á cometer, que será el primero y el último que manche mi desgraciada existencia; y diciendo esto estrechó fuertemente el niño, el cual le obligó á lanzar un grito destemplado. De pronto se detiene, una idea cruza por su mente con la velocidad del rayo, la esperanza que nunca nos abandona en tan terribles momentos, le hace vislumbrar nuevos horizontes, diciéndole: «Sigueme, la caridad no habita en soberbio palacio, sino en una humilde pocilga; sígueme y no te dejes arrebatat por el ángel de la desesperacion, que yo te llevaré al lado de mi hermana la caridad.»

Momentáneamente, y acariciando aquella idea consoladora, se levanta y vuelve á emprender su vertiginosa carrera con precipitados pasos.

Llega á la puerta de una pequeña casa, llama, y sale un hombre acompañado de una mujer que al ver á la mendiga exclamaron:

—¡Pobre mujer! ¿quién os obliga á salir de casa en una noche como esta?

—La miseria, señor; y un prolongado suspiro se escapó del pecho de aquella infeliz. Tengo hambre, madre mia, repetia el niño con voz débil.

—Pobrecito, como tiritita de frio: venid, venid, y reposad al menos esta noche en nuestra casa; nada tenemos mas que este rincon de casita, pero en cambio nos partiremos lo poco que tenemos.

La mujer no se hizo de rogar, subió con ligeros pasos la empinada escalerilla, creyendo estar poseida de un sueño, y temiendo despertar ante la espantosa realidad que minutos antes le rodeaba.

Tres meses han trascurrido. Aquella mujer ya no es la misma, restablecida de su enfermedad trabaja para mantener á su hijo, bendiciendo aquellos corazones que tan generosamente la dieron hospitalidad, dándole con ello la salud del alma y el vigor en el cuerpo.

¿Quién habita aquella morada?

Un hereje, un hombre sin corazón, un desalmado, un espiritista, una familia espiritista compuesta de marido, mujer y dos hijos, sin mas bienes que el escaso jornal que gana el marido por una parte, y la mujer por otra, y sin embargo, aun

tienen para amparar al huérfano, socorren á la infeliz viuda prodigándole sus mas tiernos cuidados, y todo esto con el noble fin de hacer el bien por el bien mismo.

Esta es la verdadera caridad y esta es la que egercia nuestro hermano D. Antonio Escubós, que convirtiéndose en ángel de los débiles y de los pobres, era el consuelo de todos: ora se presentaba en las miserables boardillas á llevar el pan al menestero; ora amparaba al huérfano y socorria á la infeliz viuda; óra acudia á donde podia acallar una necesidad: y era tanto el amor que tenia á sus semejantes, que temiendo que sus obreros fueran víctimas de una catástrofe hacia funcionar sus máquinas á menos presion de la que en realidad poseian, en una palabra era el prototipo de la caridad en toda su espresion.

Si hubieran muchos hombres que le imitaran, ¡cuán pocos pobres habria en España! cuántas lágrimas se enjugarian! ¡y cuántas víctimas se evitarian! Dichoso tu, querido hermano, que comprendiendo el inmenso valor de la verdadera caridad, la egercias sin vanagloriarte del mucho bien que hacias. Dichoso tu que dejaste este planeta acompañado de la bendicion de los pobres y de las viudas, quedando tu nombre grabado en muchos corazones.

¡Cuántos espíritus te sonreirian en el espacio! feliz el que esparce el bien! Para él es el reino de los cielos.

Nosotros, los espiritistas, los que aspiramos á serlo, procuremos grangearnos el cariño y el amor de nuestros semejantes, practicando la verdadera caridad; procuremos imitar á nuestro inolvidable hermano Escubós, que indudablemente nos envuelve en estos instantes, con sus benéficos flúidos; y el árbol del espiritismo, estendiendo sus hermosas ramas; dará ópimos y sezonados frutos.

RITA ARAÑÓ Y PEIDRO.

Gracia.

¡EL CIELO EN LA TIERRA!

UN RECUERDO A ANTONIO ESCUBÓS.

- ¿Puede el hombre reposar un segundo en su penosa peregrinacion?
- ¿Puede el alma dar tregua á su incesante lucha durante algunas horas?
- ¿Puede el espíritu engrandecerse en un mundo donde los hombres son mas pequeños que los infusorios?
- ¿Puede calmarse nuestro anhelo?
- ¿Puede saciarse nuestra sed de infinito?
- ¿Pueden vislumbrarse los resplandores del cielo en medio de las tinieblas?
- ¿Pueden verse las torres de las santas ciudades desde este hondo valle de amargura?
- ¿Puede escucharse el canto de los ángeles en un hospital donde todos gimen?
- ¿Puede adquirirse la certidumbre de la divinidad de nuestro origen?
- ¿Puede el hombre antes de dejar la tierra desechar su vestido viejo y adornarse con la túnica blanca del bienaventurado?

Si; no hay mundo donde el alma no puede progresar; el espíritu no puede purificarse por medio de su trabajo en todas las esferas de la vida; por imposibilitado que se halle, por humilde que sea su posicion social, puede engrandecerse; que si no le es posible demostrar su adelanto en sus hechos, no por eso deja de adelantar si tiene buenos deseos. Si los hombres no ven mas que las obras, Dios en cambio vé los pensamientos, que si son benéficos, como esencia purísima, como delicado perfume, en blanquecina nube ascienden de la tierra perdiéndose en las bóvedas del cielo.

Mas si los buenos pensamientos se pueden poner en práctica, si el alma generosa tiene facilidad para llevar á cabo su obra, entonces..... entonces se encuentra el cielo en la tierra como lo encontró Antonio Escubós en los últimos años de su vida terrena.

Habia en su mirada un fulgor extraño que hoy nos esplicamos perfectamente; su

espíritu no vivía en la tierra vivía en el cielo: y reflejaba en sus ojos el vivísimo resplandor de la luz divina.

Siete años há que aquel alma buena abandonó la tierra, y apesar del tiempo transcurrido, cuando evocamos su recuerdo vemos en nuestra mente dos puntos luminosos: vemos sus ojos, de tal potencia magnética, que conmueven todo nuestro sér.

Aquel hombre vivía en el cielo porque practicaba el bien.

No hay goce mas inmenso que la íntima satisfaccion del alma que sonríe ante sus recuerdos.

La gloria es humo vano, el amor terrenal un cambio de egoismo, la aglomeracion de riquezas aumento de cuidados, pero el hacer el bien por el bien mismo es la plenitud de todas las alegrías.

Esos instantes supremos en los cuales el hombre se convierte en agente de la Providencia, amparando á los desvalidos, dejan en la mente imperecederos recuerdos.

¡Dichosos los potentados de la tierra que tienen á su alcance esa dicha inefable, ese placer purísimo que nos hace presentir nuestro divino origen.

¡Hacer el bien! enjugar las lágrimas de inocentes pequeñuelos que con su llanto aumentan las angustias de su madre á la que piden con insistencia un pedazo de pan!

¡Hacer el bien! endulzar los últimos dias del anciano paralítico que abandonado de sus deudos porque es pobre, sonríe amargamente lamentando los sacrificios que hizo en su juventud por su ingrata familia!

¡Hacer el bien! ir á los hospitales á visitar á los enfermos, hablarles con cariño, preguntarles las causas de su enfermedad..... nunca olvidaremos la conversacion que tuvimos con una pobre ciega en el sombrío Hospital de Barcelona.

Cuando llegamos junto á su lecho Agueda estaba sentada en la cama, la expresion que faltaba á sus ojos hundidos y secos, se encontraba en su frente surcada de profundas arrugas apesar de ser bastante jóven; su boca contraída por una sonrisa amarga completaba la dolorosa expresion de su pálido y demacrado semblante.

Tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, sus manos delgadas y amarillentas las tenia cruzadas sobre sus rodillas, ninguna imágen de la vírgen de la Soledad simboliza tan bien el dolor como lo simbolizaba aquella infeliz ciega; nos quedamos mirándola diciéndole con ternura:

—¿En que piensas Agueda?

Al oír la enferma nuestra voz cambió por completo la expresion de su rostro, se dulcificó su sonrisa, se humedecieron sus ojos y alargándonos su diestra exclamó con acento conmovido:

—¿Cómo ha venido V. con tan mal tiempo? toda la noche ha llovido, como no puedo dormir me entero de cuanto sucede, y sentía que lloviera, la verdad, me puede V. creer, porque pensaba y me decia:—Mañana nadie vendrá á verte, si haciendo buen tiempo no se acuerdan de tí, lloviendo menos se acordarán.

—Pues ya ves como te has engañado, aquí me tienes dispuesta á oír cuanto me quieras contar; habla, comprendo que sufres mucho.

—¡Qué si sufro!.... no lo sabe V. bien; y cogiendo una de nuestras manos entre las suyas, acercando su cabeza á nuestro oído comenzó Agueda á referirnos su historia, historia tan triste, tan dolorosa que hacia llorar!

La enferma al hablar lloraba, pero se conocia que aquel llanto reanimaba sus abatidas fuerzas, porque su voz apenas perceptible cuando comenzó á hablar, antes de terminar su conmovedor relato era fuerte y vibrante, diciéndonos al concluir:

—¡Ay! desde que V. ha venido parece que me han quitado veinte arrobas de enfermedad. ¡Qué bien me encuentro! y eso que esta mañana me dijo el médico que tuviera paciencia, que tenia tela cortada para muchos dias. Vaya, ya veo que los médicos tambien se engañan ó que no saben curar la enfermedad de las penas; porque mientras mi marido vino á verme no me empeoré, mas estos cuatro dias que no ha venido, al oír las diez me daba una angustia!..... un sudor frio! que parecia que me iba á morir. Y tienen razon cuando dicen: *llórame solo y no me llores pobre*; ya ve V. hoy no ha venido él, pero hablando, hablando, se me ha ido

la mitad del mal: ¡que buena es la compañía! Dios le pagará á V. el bien que me ha hecho, porque yo no se lo podré pagar nunca.

Sonaron las diez y al despedirnos de Agueda, al ver que quedaba mucho más tranquila, sentimos un placer inexplicable, y no pudimos menos que decirle á nuestro espíritu:

—Alégrate, pobre alma! hoy has sido útil á alguien. Esa infeliz gemia y tú la has consolado. El día que el espíritu hace una obra buena debe sonreír alborozado, y nuestra alma sin duda sonrió, pues durante todo el día disfrutamos de un bienestar indescriptible.

Qué días tan hermosos debió disfrutar en la tierra Antonio Escubós!
¡Iluminó con su caridad tantos hogares sombríos!
¡Sonrieron por él tantos niños huérfanos!
¡Dejaron por él de padecer tantos enfermos!
¡Calmó la sed y el hambre de tantos desdichados!... que indudablemente él halló el cielo en la tierra!

El comprendió y practicó la ley de Dios! ¡Dichoso él!

El que hace el bien por el bien,
El que consagra su anhelo
A ser del pobre el consuelo
Y del huérfano el sosten;
Consigue ceñir su sien
De mágico resplandor,
Atrayendo ese calor
De vida gérmen fecundo,
Por que la vida del mundo
Toda es hija del amor.

¿Qué es amor? ¡atracción santa!
¡Se aman los mundos que giran!
¡Las tórtolas que suspiran!
¡Ama el insecto y la planta!
Todo cuanto se levanta
Siente ese impulso divino,
Hasta el mísero asesino
En un momento sagrado
Llega á verse dominado
Por la ley de su destino.

Que no hay hombre que al nacer
No venga con la misión
De sentir una pasión
Que engrandeciendo su ser
Le haga soñar y prever
La eterna felicidad.
El fin de la humanidad
No es otro que el adelanto,
Y el que ama, se eleva tanto.....
Que llega á la heroicidad.

Y á la heroicidad llegó
El hombre cuya memoria,
En los fastos de la historia
Ningun recuerdo dejó:
Su nombre no se grabó
En lujoso monumento,
Su profundo sentimiento
Ocultó constantemente

Practicando estrictamente
De Jesús el mandamiento.

Como un genio misterioso
Hizo el bien por el bien mismo;
De la miseria al abismo
Se acercaba cauteloso.
Y al anciano sin reposo,
A la viuda desolada,
A la madre atribulada,
A todos daba consuelo,
Llevando con noble anhelo
El socio á su morada.

Pero sin nadie saber
De donde el bien provenia;
Y él, dichoso sonreía
Con inefable placer.
Se hallaba un algo en su ser
Que no es posible explicar,
Pero se veía irradiar
En sus ojos y en su frente
La llama pura y ardiente
De quien vive para amar.

Amaba su corazón,
Amaba su entendimiento,
¡Era todo sentimiento!.....
¡Era todo irradiación!.....
Era la fiel expresión
De la ardiente caridad;
Sentía por la humanidad
Un amor grande y profundo;
Qué él era el gérmen fecundo
De santa fraternidad.

Un cielo en la tierra halló
Por la paz de su conciencia;
Y aunque pertináz dolencia
Su organismo consumió,
Su espíritu se formó

Una atmósfera especial,
Un ambiente celestial;
Que encuentra en la tierra un cielo
Aquel que siente el anhelo
Del amor universal!

¡Gloria al espíritu fuerte
Que consagró su existencia
A socorrer la indigencia...
¡Feliz de quien pudo verte!
Yo que llegué á conocerte,
Es justo que á tu memoria,
Entone un himno de gloria
Con entusiasmo profundo,

Que hay muy pocos en el mundo
Que tengan tu noble historia.

¡Gloria á tí! si un monumento
No recuerda lo que fuiste,
Qué oculto siempre tuviste
Tu amoroso sentimiento;
La admiracion que yo siento,
La gratitud que hay en mí,
En muchos pobres la ví,
Y en justa compensacion
De ellos en el corazon
¡Hay un templo para tí!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

EL HONOR.

No nos proponemos tratar en este artículo de ese honor mal entendido, temerario y sin razon, que engendra la discordia en la sôciedad, fundado solamente en viejos pergaminos ó en cuantiosos capitales; ese mal entendido honor, repetimos, que divide dos corazones unidos con ese lazo santo que engendra el amor, solo por palpar uno en el pecho de un sér dotado de blanca epidermis, y el otro en el de un individuo de distinto color, no; nuestro propósito es tratar de lo que nosotros llamamos el decoro del individuo, de ese mérito que solamente emana de la virtud y que por desgracia no es patrimonio de la generalidad de los encarnados en este globo.

El honor, ¿quién no lo ambiciona? Solo esas almas mezquinas cuya conciencia duerme. Todos anhelamos poseerlo; pero á pesar de que muchos se galardonan de abrigarlo en su seno y á la faz del mundo, que generalmente vé lo que quiere y le conviene, sabemos, porque lo hemos aprendido de ese mismo mundo, de la misma sociedad que hoy hace aparecer los defectos del hombre como inimitables virtudes y que mañana proclama á cajas destempladas sus vicios, que si la conciencia tal cual fuera su estado se retratase en el rostro humano, muchos de esos séres que hacen alarde de su honor, ocultarian el rostro por temor de pregonar sus faltas.

Nosotros no tratamos de hacer en estas líneas una crítica de la humanidad, nó; pero cansados de ver séres retratando en su semblante la inocencia de los ángeles y abrigar en su corazon los mas bastardos sentimientos, entregarse á las pasiones más ruines, pisoteando sin consideracion no solo su honor, sinó el de individuos que debieron respetar; no podemos menos que poner de relieve algunas de las innumerables consecuencias que trae consigo el olvido del decoro.

Nosotros comparamos el honor á un depósito de agua cristalina, la cual se enturbia con la más leve partícula que caiga en la vasija que la contiene; é igual á ella, ese espejo de las acciones del hombre se empaña con la más ligera ráfaga, y del mismo modo que el agua conturbada es necesario pasarla de uno en otro tamiz para volverla á su primitivo estado, así el hombre tiene que pasar sus acciones de crisol en crisol por indefinido tiempo, hasta que estas no puedan empañar el cristal de su decoro.

Lo mismo el hombre como la mujer deben cuidar su honra, pero todavía la mujer debe cuidarla con más esmero, pues ella es la que enseña al hombre los primeros conocimientos; ella la que despierta en el alma de la inocente niña el amor, preparándola lentamente para ser mañana digna madre de familia.

Todos, en una palabra, debemos esforzarnos por guardar immaculado nuestro honor, toda vez que es el don más preciado del hombre, ya sea rico ó pobre, ya ignorante ó ilustrado; pero los padres principalmente deben ver en el suyo el honor de sus hijos, y si es cierto, como no cabe duda, que el amor materno y paterno son

los más puros afectos del corazón humano, por el porvenir de esos pedazos de su ser debieran los padres sacrificar sus pasiones y ser modelos de virtud y honradez.

¿Qué dirá el niño ya adolescente viendo en sus padres el deshonor? ¿Qué podrá aprender de ellos sinó el vicio? ¿Qué ideas acudirán á su mente viéndose despreciado de la sociedad, siendo inocente, solo por haber nacido de aquellos seres que le dieron vida? ¡Tristes, muy tristes deben ser sus ideas! Solo teniendo una gran abnegación podrá no maldecirlos ó volverles la espalda con desprecio.

¿Y que será de la casta doncella que al despertar del sueño de la niñez y abrir su corazón á los albores de la juventud, tímida como la sensitiva cuyas hojas se plegan al más ligero soplo, al recibir el rudo golpe, el desencanto cruel de ver en la autora de sus días, en la que ella creyó su providencia, un ser mezquino lleno de veleidades?

¡Ah! nosotros creemos que esas mujeres que teniendo bajo su tutela esos ángeles que envía el Señor, se entregan al vicio, olvidan por completo á sus hijos, pues si así no fuese, jamás mancharian su honra, porque no debe haber dolor más cruel para una madre que la maldición del ser que llevó en su seno.

Es cierto que el vicio á veces llega á dominar ciertos seres hasta el extremo de adormecer sus facultades, pero la conciencia tiene su día para despertar, y ¡ay del hombre culpable en ese día; pues cuanto más largo haya sido su sueño, más terrible será su vigilia!

Mujeres, mujeres: abrid los ojos á la razón: vosotras las que teneis hijos, cuando el espíritu del mal quiera dominaros, cuando un idea indigna cruce por vuestra mente, tomad en brazos á una de esas tiernas criaturas, imprimid un beso en su frente, acercad su cabeza á vuestro seno y es indudable que la inocencia de aquel ángel desvanecerá la mala atmósfera que pudo levantar en vuestra mente el torbellino de las pasiones. Pensad en ese momento en el padre de vuestros hijos, en ese hombre que al conducirlos al altar os confió su honor al daros su nombre, pensad en la cuenta que os exigirá en día no lejano, recordad aquellos días de vuestra juventud, en que aje na aún á los vicios le prestasteis ante Dios juramento santo de amor eterno, promesa que más tarde reiteraste ante los hombres, y todos esos recuerdos unidos á la befa que la sociedad echaria sobre tu frente uno ú otro día, desvanecerian de tu cerebro bastardas ideas.

Y vosotros, seductores de oficio, sombras del hogar doméstico, temblad ante la justicia divina; que si la sociedad bate palmas generalmente ante vuestro crimen (pues de tal puede calificarse el llevar la discordia á la familia, á esa congregación santa que todos debemos respetar) allá en el infinito hay un Ser que os pedirá cuenta de vuestras acciones. Además, por mas que en la falsa sociedad, en ese grupo de individuos que giran dentro de nuestro globo cual seres faltos de razón, sean aplaudidos vuestros defectos, en la sociedad de personas sensatas se os señala con el dedo y las puertas de los recintos donde se alberga la virtud solo os dán paso, para recibirlos en su seno como seres enfermos, como mendigos de virtudes, á quienes se compadece por amor al padre de todas las criaturas y con la esperanza de hacerlos adelantar.

Hombres que cruzais la tierra sin fé ni religion de ningun género, cuando intentéis seducir á la jóven inexperta que vive tranquila en su hogar, ya sea rica ó pobre, pensad que de vuestro ilícito amor pueden nacer seres inocentes que llevarán en su frente el sello de vuestro desdoro. Cuando traspaseis el umbral de una murada donde se alberguen almas ligadas ante la sociedad por el lazo del matrimonio, contemplad al niño en el regazo materno, pensad que al seducir la madre labrais la desgracia de aquellos inocentes que no cometieron ningun delito, amargando el pan que aquel padre adquiere con el sudor de su frente, y que ántes de conocerlos saboreó lleno de esperanza y alegría en union de sus hijos y de su esposa. Y es indudable que esas reflexiones os harán retroceder, porque por más endurecidos que seais, no dejareis de pensar, que si sembráis zarzas en el mundo solo podreis recojer abrojos.

SIMPLICIA ARMSTRONG DE RAMÚ.

Guayama, Enero de 1884.

INDICE DEL TOMO V

DE

LA LUZ DEL PORVENIR.

	<u>Pág.</u>		<u>Pág.</u>
Mayo 1883.		Setiembre.	
Tomemos ejemplo.	1	¡Cuarenta y cinco años!.	121
Reflexiones filosóficas.	5	A los que sufren la privacion de la	
¡Madre mia!, (poesía).	8	libertad.	126
El libro, (poesía).	8	El magisterio.	129
Porque las mujeres deben ser espi-		El espiritismo como religion.	131
ritistas.. . . .	8	El espiritismo moralizador.	133
Los desgraciados.	14	Dictado de Quintana, (poesía.)	135
La impaciencia, (poesía).	14	Becquer, (poesía.).	136
Junio.		Impresiones.. . . .	137
El culto de los recuerdos.	15	A un alma buena.	142
La ausencia es un mito.. . . .	15	Controversia religiosa.	145
A la memoria de Antonio Escubós..	20	Estudios del natural.. . . .	147
Recuerdo á nuestro hermano Escu-		El verdadero espiritista.	151
bós.	22	Una carta.	152
En la verdad está la vida.	25	Octubre.	
Impresiones.. . . .	33	El tiempo es la tela de la vida. . . .	153
El frio del alma.	35	El trabajo.	156
Claridades.	38	El 29 de Julio, (poesía.).	159
A la memoria de mi madre.	40	Una carta.	160
A la orilla del mar.	41	¡Horas de vida!.	161
Lo que el alma siente.	45	Los santos de la humanidad.	165
A los ultramontanos.. . . .	46	Sentimientos del alma.	167
Julio.		Contrastes.	169
Las plagas morales.	49	Bibliografía, (poesía).	172
La imaginacion.	54	La intolerancia.	174
Las horas.	55	Los mantos de espuma.	177
Una noche de Sol.. . . .	58	El dolor es la base de la filosofía. . .	182
Discurso de la señora Cochet. . . .	62	Noviembre.	
Dictado de Espronceda.. . . .	64	Un recuerdo.. . . .	185
No hay buena accion sin recompen-		Los cinocéfalos.	186
sa.	65	Armonía de la Creacion.	188
El espiritismo como ciencia.	70	La Amistad.. . . .	189
Amor de madre, (poesía.)	72	La reencarnacion.	190
La historia de siempre.	73	Todos son lo mismo.	193
Agosto.		Consideraciones sobre el estado ma-	
Ventajas de la enseñanza láica. . . .	81	trimonial.	197
La mitad del alma, (poesía).	86	Un ensueño.. . . .	198
Una carta.	87	Cada uno en su casa y Dios en la de	
Garantías para todos.	89	todos.	201
Consecuencias del fanatismo.	92	Circular.	206
La felicidad.	95	Cármén Silva.	209
El deber.—Idea de Dios, (poesías). . .	96	¡Qué solos están los muertos!, (poe-	
Porque las mujeres deben conocer		sía).	212
la verdad.. . . .	97	¡Qué solos están los vivos, (poesía.)	213
Una carta.	103	La educacion de la escuela espirita.	215
A mis hijos del cielo, (poesía.)	104	¡Bendita sea la caridad!	217
Los sacerdotes del Porvenir.	105	Amor y deber.	220
El espiritismo racional.	107	La otra.	222
Discurso de la señorita Lassus.. . .	109	El corazon.	224
La conciencia.—Dolora, (poesías.) . .	112	Diciembre.	
El tiempo es oro.	113	Los sifones humanos.	225
El beso.	114	A cada uno segun sus obras.	228
Los peanitas pintados por si mismos.	115	La buena madre.	230
En el bendito.	116	La red telefónica.	233

	Pág.		Pág.
Los celos..	236	Desaliento.	333
La música.	237	Un día de Sol.	335
Salmo de la vida, (poesía.).	238	¡Todo es justo!	337
Amorosa, (poesía.).	239	Arcadio Góngora..	337
Becquer, (poesía.).	240	La naturaleza, (poesía).	343
Hay quien estudia y no aprende.	241	El templo del Eterno.	343
El lujo..	244	La fé ciega y la razon.	345
Al partir, (poesía.).	246	La murmuracion..	349
¡Los buenos que pronto se van!	249	El Ayuno.	350
La educacion en la escuela..	250	Becquer y Espronceda, (poesía.).	352
El nacimiento de Jesús..	252	¡Un adios!	353
Un sueño..	554	La vida en todo.	356
Religion, (poesía.).	255	Filosofia espiritual.	359
El vino y el libro, (poesía.).	255		
Enero 1884.		Abril.	
Discurso de A. D. y S.	257	¡Robustiana!.	361
A la memoria de Antonio Ras.	260	Impresiones en la Catedral, (poesía)	363
Un año menos.	260	¡Bendita sea la Caridad!.	365
La idea.	261	La ilustracion en la mujer..	367
La mayor riqueza..	262	Pequeñas historias.	369
¡Venid á mi los que lloran!.	265	El progreso, (poesía.)	373
Una víctima del fanatismo	269	Las siervas del Señor.	374
Las penas mas grandes, I.	273	Comunicaciones.	375
Sin lucha no hay progreso.	276	Velada literaria y musical..	377
Del flúido vital y su influencia.	278	¿Qué le falta al espiritismo?	378
Las penas mas grandes, II.	281	Una carta.	380
Prueba palmaria	284	A la memoria de Kardec.	381
La frenología.	286	A Dios, (poesía.)	382
Comunicaciones.	287	La verdad está en Dios.	383
¡Rafael!	289	Memoria necrológica.	384
El lujo..	291	¡Expansion! (poesía.).	384
La lluvia..	292	La doctrina y la conducta.	385
Una mujer varonil.	293	Fantasia, (poesía.)	386
El dia de Reyes	295	Recuerdo á Kardec.	386
Lo que yo quisiera ser, (poesía.)	296	A la memoria de Kardec.	388
		En el XV aniversario.	389
Febrero.		A Allan Kardec, (poesía).	391
A los espiritistas de Alcoy.	297	Eterna gratitud.	392
Reflexiones sobre el fanatismo reli- gioso.	300		
Una flor en la tumba de Martina Castells.	302	Mayo.	
Creo en Dios, (poesía.)	304	Un recuerdo á Kardec.	393
Dictado de Espronceda, (poesía.)	304	El oscurantismo y la ciencia, poe- sía.)	395
El gran misterio.	305	Diálogo.	396
El frio del alma.	308	Descorríste un velo.	399
El lujo.	310	Comunicaciones.	401
El amor de madre.	311	La Justicia divina, poesía.	402
Un gran paso.	312	A la memoria de Allan Kardec.	403
La esclava blanca.	314	El bien supremo (poesía.)	404
A los padres de familia.	316	Al mendigo, (poesía.)	404
La mujer..	318	A la memoria de A. Kardec, poesía. A la memoria de A. Kardec, poesía.	405 405
Comunicacion.	319	La caridad, poesía.	405
A mi hermano, (poesía.)	320	Justo tributo.	406
Un deber de gratitud.	321	El saludo de un espíritu.	407
Consideraciones sobre la felicidad.	323	A la memoria de Antonio Escubós..	409
Año nuevo.	326	La verdadera caridad..	410
El Espiritismo..	327	¡El cielo en la tierra!.	412
		El honor.	415
Marzo.		Pensamientos en las páginas 47, 96, 128, 136, 168, 177, 192, 240, 248, 280, 296; 320, 328, 360, 368 y 376.	
Las penas mas grandes, III.	329		
Llanto y Risa, (poesía.)	333		

LIBRERIA ESPIRITISTA DE JUAN TORRENTS,

Calle del Triunfo, 4, Imprenta

SAN MARTIN DE PROVENSALES.

CATALOGO

- Qué es el Espiritismo?*, por Allan Kardec, 50 céntos.
El Espiritismo en su mas simple expresion, por Allan Kardec, 5 céntos. ejemplar.
Resúmen de la filosofía espiritista, por Allan Kardec, 5 céntos. ejemplar.
Resúmen de la ley de los fenómenos espiritistas, por Allan Kardec, 5 céntos.
Caractéres de la revelacion espiritista, por Allan Kardec, 25 céntos.
Coleccion de oraciones espiritistas, por Allan Kardec, 1 peseta.
Los cuatro Evangelios.—ó revelacion de la revelacion—, seguidos de los mandamientos, explicados en espíritu y en verdad por los Evangelistas, asistidos de los Apóstoles y Moisés.—Comunicaciones recogidas y ordenadas por J. B. Roustaing, abogado de Burdeos.—Un grueso volumen en 4.º 7 pesetas.
El Espiritismo refutando los errores del Catolicismo Romano, por D.^a Amalia Domingo y Soler, 2'50 pesetas.
El Alma.—Estudios, por Arnaldo Mateos, 2'50 pesetas.
Catecismo espiritista, por J. M. F. 50 céntimos.
Instruccion práctica sobre el magnetismo animal, por M. Deleuze, 2'50 pesetas.
El catolicismo antes del Cristo.—Estudios orientales, por el vizconde de Torres-Solanot, 3 pesetas.
Alferi el Marino.—Obra emanada de dos espíritus, 1 peseta.
El Espiritismo en la Biblia, por Enrique Steki, 50 céntimos.
Guia práctica del médium curandero, 1 peseta.
Controversias religiosas, filosóficas y científicas, sostenidas en defensa del Espiritismo, por Manuel Gonzalez, 2 pesetas.
Dios y el Hombre, comunicaciones obtenidas y publicadas por la Sociedad espiritista de Tarrasa, 75 céntimos.
La Simonia, 25 céntimos.
Luz y Verdad del Espiritismo, por Jotino y Ademar, 40 céntimos.
Manual del magnetizador práctico, por Regazzoni, 25 céntimos.
Devocionario del espiritista cristiano, 50 cs. y encuadernado à la holandesa: 4 pta.
El hombre tiene alma, 15 céntimos.
El Porvenir del alma, por Lavater, 15 céntimos.
Moral social, 40 céntimos.
Ventajas del Espiritismo, 5 céntimos.
Pequeño catecismo espiritista, ó instruccion elemental de la enseñanza dada por los espíritus sobre las cosas de ultra-tumba, por Rabin, 50 céntimos.
Leila ó Pruebas de un Espiritu.—Novela en 2 tomos, original de D.^a Matilde Alonso Gainza, 3'50 pesetas.
La Aurora del Pueblo, por Parreño. Dos tomos encuadernados pasta española, 17'50 ptas.
El Fraile, por el Abate... , 1 peseta.
El Jesuita, por el Abate... , 4 tomos, 4 pesetas.
Almanaque de LA LUZ DEL PORVENIR, para 1884, 1 peseta.
Ceiesie, Novela fantástica, por Enrique Losada, 2'25 pesetas.
Tinieblas y Luz, por D. Manuel Navarro Murillo, 2 pesetas.
La Luz del Porvenir.—Año I, II, III, IV y V à 4 pesetas tomo.
Pillerías clericales, por el Dr. Bartolomé Gabarró y Borrás, 1 peseta.
Contra las Corridas de Toros, por Manuel Navarro Murillo, 4 peseta.
Armonia Universal.—Dictados de ultra-tumba, por Navarro Murillo, 1'50 pesetas.
Lazos invisibles.—Novelas fantásticas por Enrique Manera, 2 pesetas.
Instruccion práctica, sobre la organizacion de los grupos espiritistas, 25 céntimos.
Nicodemo, por José Amigó. Un volumen de 408 páginas, 4 pesetas.